

XXII

La Vida del Gran Tono.

Arturo y el capitán Manuel llegaron á México sin accidente alguno: Manuel se despidió de su amigo, á quien dijo que se retiraba á vivir á la casa de una tía anciana, única gente que tenia de su parte en el mundo; y convinieron ambos amigos en esperar las cartas de la Habana, para obrar contra sus enemigos con toda actividad y energía. En cuanto á Arturo, como tenia, no amor, sino fanatismo por su madre, brusca é intempestivamente entró por todas las piezas de su casa, hasta que se arrojó en brazos de la señora, que mas doliente con sus recientes pesares, hacia tiempo que permanecia en la recámara. Cuando sintió la madre el contento de los besos ardientes que su hijo le imprimia en la frente, solo pudo mirarlo con mucha ternura, y cayó desvanecida en su sillón: algunas sa-

les aromáticas que le hicieron respirar, le volvieron el uso de sus sentidos, y entonces se abrazó fuertemente del cuello de Arturo, y pagó con usura sus besos y sus caricias; mas de dos horas duró esta escena tierna, en que hubo por parte de la madre dulces y amistosas reconvenciones, y por parte de Arturo amorosas caricias. En cuanto al padre de Arturo, como era, segun hemos dicho, un hombre enteramente preocupado con los negocios de agio y de cambio, solo dió una palmada en el hombro de su hijo, cuando se sentaron á la mesa, y le dijo:

—Es menester que no botes tanto dinero, querido; estas idas y venidas y estas aventuras cuestan algo; y si no, dígalo la libranza que he pagado ayer, y que caminó mas violentamente que tú.

Arturo, contento con salir tan á poca costa de sus apuros, siguió saboreando la confortante sopa, y tímidamente anunció á su padre, que los señores Urigüen y Ragneau, sastres de Paris y de México, le presentarían dentro de algunos días, una cuenta de ropa, que tenia necesidad de mandar hacer. El padre hizo un signo afirmativo con la cabeza, y concluyendo precipitadamente su comida, salió de su casa y caminó á palacio, en donde el ministro de Hacienda lo esperaba, para concluir uno de esos negocios en que los reales se convierten en pesos.

Durante esa noche, Arturo acompañó á su madre, que solo con la presencia y la voz de su hijo, se mejoró visiblemente; mas al dia siguiente, Arturo salió con un traje de mañana y se dirigió á la calle del Puente del Es-

píritu Santo, en donde está ese magnífico templo de la moda y del gran tono, dirigido por los mas expertos cortadores de Paris. Allí escogió los paños mas finos y mas delicados, los casimires mas caprichosos para pantalones, los terciopelos y sedas mas ricos para chalecos; y ordenó, que con tal de que hiciesen violentamente todas las piezas que mandó hacer, no se parasen en precio. Como en una gran ciudad donde todo se encuentra, se hacen materialmente milagros, en pocos dias todas esas maravillas estuvieron concluidas, y Arturo se presentó tan elegante, como si en un globo aerostático hubiese caido, procedente de Paris.

Parece que mudando de trage, Arturo habia mudado de sentimientos, pues sus pesares, sus esperanzas, sus amores, todo se habia desvanecido completamente, excepto el cariño á su madre, que nunca disminuía: su indiferencia era completa, y aun habia tomado un aire notable de fatuidad. Se convirtió en lo que se llama un jóven de tono: se levantaba á las diez, almorzaba, se vestia á la *négligée*, y salia por las calles de la Monterilla, Plateros y Portales, comprando alfileres, cadenas polkas y otra clase de chucherías: á la una entraba al café del Progreso á jugar algunas treguas al billar, ó una partida de ajedrez, y á las tres y media de la tarde se retiraba á su casa, cuidando antes, de entrar á la Tercena de tabacos y llenarse la bolsa de puros habanos de los mejores. En su casa se comia opíparamente: á las cinco se lababa, se vestia, y mandaba poner la carretela, ó ensillar el caballo, y se dirigia al paseo de Bucareli, á la Alameda, ó á esas

pintorescas calzadas de Chapultepec, San Cosme ó la Piedad. A las oraciones tomaba el té en compañía de su madre, y á las ocho de la noche se le veía con otro trage, en el magnífico pórtico del Teatro Nacional, dirigiendo el lente á todas las muchachas, que elegantes, hermosas, llenas de aromas y de atractivos, concurren todas las noches á la comedia con una constancia inalterable. Los domingos eran los paseos á San Angel ó á Tacubaya, donde Arturo con un desenfado heróico, apostaba buenas onzas de oro á los albuces: ya se sabe que entre nosotros nunca falta una casa de juego en todos los lugares de diversion.

Como el padre de Arturo hacia brillantes negocios de agio con el gobierno, no paraba la atencion en los gastos de su hijo; y solo la madre, de vez en cuando, solia aconsejarle que no fuera disipado ni gastador; pero como el muchacho respondia á estas indicaciones con caricias, la excelente señora quedaba enteramente satisfecha de la conducta de su hijo.

Como Arturo era un jóven de moda, su aventura con Teresa, su desafio con el capitan Manuel, su viaje á Veracruz y su enfermedad, se habian contado de una manera maravillosa: decian que Arturo habia recibido un balazo que le habia pasado dos líneas distantes de la cabeza, agujereándole su sombrero, y chamuscándole el pelo: que despues se habia robado á Teresa, dando de cuchilladas al tutor, y que la habia conducido con mil riesgos á Veracruz, hasta embarcarla para la Habana: en fin, Arturo era un jóven valiente, á quien todos respetaban, y un calavera á quien todos

querian, porque tenia la bolsa abierta para pagar todas las noches helados, chocolates y ponches á un círculo numeroso que se reunia en el café del Progreso, ó en el Teatro Nacional. Un hombre así se granjea en muy poco tiempo un número considerable de amigos; mas ya se deja entender, que la mayor parte son de esos amigos elegantes que deben al sastre, á la lavandera y á la fonda, y algunos de los cuales traen constantemente en el bolsillo una onza, con la cual hacen ostentacion de franqueza, sin que nunca llegue el caso de que la cambien. Arturo visitaba las casas de moda; charlaba en el café, destrozando reputaciones por vía de entretenimiento, y concurría, como hemos dicho, á todos los espectáculos públicos, ostentando siempre la elegancia de sus vestidos y el valor de sus cadenas, alfileres y anteojos; pero en el fondo de su corazón, ni era mas feliz, ni tampoco habia perdido los buenos sentimientos que lo caracterizaban.

Arturo, al entrar en este nuevo género de vida, olvidó todo lo pasado: Celeste no habia una sola vez venido á su memoria; á la linda Aurora la habia encontrado algunas veces en la sociedad, pero apenas se habia dignado fijar la vista en ella: el mismo Rugiero, á quien solo habia visto dos ó tres veces, habia perdido mucho de su influencia en el ánimo del jóven, quien solo le habia dicho que mandase cuando le pareciera por su fistol que tenia guardado debajo de siete llaves. El capitán Manuel y Teresa le interesaban algo por su desgracia, y de Apolonia solo conservó la

ilusion que se tiene por un pajarillo que canta, ó por una flor que agrada al olfato.

Cómo el jóven, eminentemente sentimental y enamorado, se volvió repentinamente incrédulo, estóico, mordaz, frívolo y charlatan, se explica solo por la falta del amor, porque el vacío que queda en el corazón, solo pueden llenarlo la memoria, ó los encantos de una mujer que se ama.

Arturo encontró una noche á Rugiero, y pidiéndole, como tenia de costumbre, una explicacion de la aventura de Teresa, este le prometió solemnemente ponerlo al alcance de todo, si consentia en concurrir á una tertulia, en donde tenia empeño de presentarlo: aquel, aunque temeroso siempre de alguna mala pasada, condescendió; y como estaba vestido convenientemente, se dirigieron en el momento al lugar convenido.

Ya que hemos fatigado al lector en el curso de dos capítulos, con la descripcion de lugares inmundos y horrorosos, justo será que lo traslademos ahora á una de esas magnificas casas que hay en México, en donde todo es lujo y elegancia. Desde la entrada se podia notar una puerta grande y sólida, de labrado cedro, con un mascarón de fierro, que servia para llamar al portero: el patio era espacioso, formado por cuatro corredores sostenidos por delgadas y elegantes pilastras, y una gran lámpara daba una claridad mas que suficiente para notar una línea de macetones y barriles con naranjos y laurel-rosa, cuya presencia se habria reconocido aun sin necesidad de la luz, pues el aire que se respiraba al pasar por la escalera, era

embalsamado. La escalera estaba pintada al óleo con primorosas labores, y una barandilla de fierro labrado con adornos de reluciente bronce, y un pasamano de caoba, permitía á los que subían y bajaban, apoyar su mano en una superficie lisa y reluciente: otra lámpara de lisos cristales, con sus varillas y adornos dorados, daba luz á este paso. Una vez que se subía al corredor de arriba, el olor de las azucenas, de los claveles y de las rosas, se hacía sensible, y la vista se recreaba involuntariamente en tantos macetones de porcelana cubiertos de las más esquisitas flores. Del corredor, que estaba cubierto por un toldo de yedras, madreselvas y campánulas, se pasaba á una antesala, formada de cristales de colores, cuyas paredes estaban cubiertas de muy buenas copias de cuadros de Murillo, de Rafael, de Rivera y de otros maestros antiguos. La sala era espléndida: los sillones, mesas y sofás eran de madera de rosa, con asientos de brillante seda nácar y color de oro: una alfombra con caprichosos dibujos y florones, cubría el suelo; y los grandes espejos, con márcos dorados, reproducían por todos lados las imágenes. Una lámpara, de brillante metal dorado y alabastro, pendía del techo, y pesados y curiosos cortinajes de seda y muselina, sostenidos por unas flechas, dejaban apenas percibir los cristales de las vidrieras que, durante el día, estaban cubiertas por vistosos transparentes: las demás piezas de esta habitación correspondían, como debe suponerse, al lujo de sala.

En tiempos pasados, solo las casas que se llamaban

de los títulos de Castilla, estaban adornadas con una tosca suntuosidad: las demás, por lo general, presentaban el aspecto más melancólico; nada de belleza, nada de elegancia en los adornos. En este punto México ha ganado: las casas de los que tienen dinero, están indudablemente tan bien puestas como las mejores de París; y en la gente de medianas proporciones se observa un deseo de mejora y un hábito de aseo, que evidentemente no reinaba antes, por más que se ponderen las comodidades y la felicidad con que todo el mundo vivía en los tiempos del régimen colonial: en todos tiempos y en todos los países, el que ha tenido dinero ha vivido con comodidades, así como los pobres siempre han estado sujetos á la miseria y á las privaciones.

—Y quién vive aquí? preguntó Arturo á Rugiero, al entrar á la antesala.

—Es la nueva casa de una íntima conocida vuestra, caballero Arturo.

—Es posible?

—Entrad, y lo vereis.

Rugiero hizo anunciarse por medio de una criada joven y graciosa, que salió al leve toque que nuestros dos amigos dieron en la vidriera, y que á poco volvió á salir, rogando á las visitas que pasasen á la sala: Arturo y Rugiero, con mucho silencio, entraron y tomaron asiento en un sofá. A poco se escuchó el crujido de unos vestidos de seda, y abriéndose una puerta, se presentaron Aurora y su mamá; Aurora estaba hermosa como nunca: un vestido de seda blanco con leves lis-

tas azules, hacia resaltar admirablemente la elegancia de su talle delgado; y su rostro, ligeramente extenuado, pero perfectamente tranquilo y acaso risueño, estaba encantador con los rizos que graciosamente caian por detrás de sus orejas. Arturo se sorprendió; pero casi inmediatamente sintió un movimiento de cólera contra esta mujer tan alegre y tan opulenta, y que evidentemente no habia experimentado ningun pesar, mientras él se moria en una miserable cama de la posada de las diligencias de Veracruz. Aurora se inclinó ligeramente, y con una gracia y finura, emanadas de su buena educacion, los saludó y tomó asiento: Ruggiero presentó á su amigo, y despues de los cumplimientos de estilo, todos ocuparon sus lugares.

—Supimos que se enfermó vd. gravemente en Veracruz, dijo Aurora, dirigiéndose á Arturo, y esto nos causó el sentimiento que era natural.

—Mi madre me escribió una carta, en efecto, y me decia que...

Aurora, que adivinó que Arturo iba á referirse al recado que ella habia mandado para informarse de él, le hizo una seña con los ojos, que el jóven comprendió; y sin cortarse continuó:

—Me decia que habia tenido el gusto de ver que muchos de mis amigos se habian interesado por mí.

—Conocias al señor ya? preguntó la mamá á Aurora.

—Tuve la honra de conocerla en el último baile del teatro, dijo Arturo, y la señorita tuvo la bondad de concederme una contradanza. Entonces acababa de lle-

gar de Lóndres, y tenia toda la rusticidad y candor de un muchacho que sale del colegio: creo que importuné demasiado á la señorita.

—De ninguna manera, caballero, dijo Aurora bajando la vista y poniéndose ligeramente encarnada....

—Parece que ya me he enmendado, ¿no es verdad, señorita? interrumpió Arturo, riendo irónicamente.

—No recuerdo que vd. haya cometido ninguna falta, contestó la muchacha con alguna soberbia.

—Faltas graves no, en verdad, repuso Arturo; pero francamente, mis movimientos eran torpes y embarazados; acaso pondria mi pié sobre el de vd., porque el calor, las luces, todo me incomodaba, y yo creia hallarme en una atmósfera nueva y desconocida. La sociedad inglesa, que, por otra parte, conozco poco, es fria, grave, reservada; mientras que la mexicana es ardiente, entusiasta por el baile; y evidentemente, un hombre que acaba de llegar de Lóndres, no hace muy buen papel en ella.

Aurora, que conoció que los sarcasmos iban dirigidos expresamente á ella, con una habilidad admirable interrumpió á Arturo, y le dijo:

—Ya que hablais del baile, os diré, que me contaron que dos calaveras se desafiaron por cierta muchacha, y que el desafio tuvo el fin de que ambos se fueran á comer á una fonda: es esta una aventura que da risa. ¿No es verdad, Arturo? añadió Aurora, mirando maliciosamente al jóven. Dígame vd.; ¿los desafios son así en Lóndres?

Arturo se mordió los labios de cólera; pero repo-

niéndose inmediatamente, respondió con una calma perfecta:

—No llegó á mis noticias semejante lance; pero si los dos adversarios tomaron el partido de beberse una botella de champaña, en vez de encajarse una bala en el cráneo, juzgo que hicieron muy bien, porque acaso la muchacha seria tan insignificante, que no valiera la pena de que se matasen por ella.... Por lo demas, repito, que hasta ahora sé la aventura.

Aurora á su vez se mordió los labios, y replicó vivamente:

—Me parece que las mujeres permanecemos quietas, y que los hombres son los que nos van á buscar.

—No siempre, dijo Arturo, sonriendo maliciosamente.

—Podria vd. citarme casos? repuso Aurora algo amoscada.

Rugiero, que platicaba con la madre de cosas generales y de poco interes, se mezcló en la conversacion de los jóvenes, y con una finura admirable, dijo:

—Vamos, es buen principio de una amistad sólida, el hacer ostentacion del talento, y ya veo que tanto la hermosa niña de vd., como Arturo, hace rato que se ejercitan en una conversacion que *haria furor* en los hoteles de Paris de mejor tono: profetizo que vdes. serán buenos amigos; y más diria, si malas lenguas no dijesen ya que Aurora está próxima á contraer enlace.

Aurora se puso encarnada, y Arturo hizo un movimiento de cólera, que no se escapó á la penetracion de Rugiero, mientras la madre, con aire cándido, dijo:

—Aurora es muy joven todavía, y no piensa en casarse: lo que hay es, que las gentes suponen ya que D. Gustavo es su novio, sin mas motivo, que visita con frecuencia nuestra casa: es un hombre que hasta ahora no ha dado nota de su conducta, y no veo motivo para no apreciarlo.

—Conque á D. Gustavo le atribuyen, contestó Rugiero, la honra de ser amado de Aurora? Debe tenerse por muy feliz.

Aurora iba á responder; pero la llegada de algunas visitas puso en movimiento á los que estaban en la sala. Entraron dos muchachas espléndidas, llenando la sala con su belleza y con su lujo: Aurora las abrazó, y se dieron recíprocamente sonantes y entusiastas besos en las mejillas: á una de ellas la llamó Aurora con el nombre de Elena, y á la otra con el de Margarita.

Elena tenia cosa de diez y nueve años: era pálida, con grandes y rasgados ojos negros, y labios un poco gruesos, pero que daban á su boca un aire extremadamente gracioso, y que provocaban á las caricias y á las dulces palabras de amor: su pelo era negro, pequeñas sus orejas, su cara ovalada, su cuello de cisne suavemente inclinado al lado derecho, su talle gentil, y sus manos y piés como de niña. Margarita representaba veintidos años: era blanca, no como el alabastro, sino como son las mexicanas, que han tenido la fortuna de que la naturaleza les conceda ese color que Murillo daba á sus vírgenes: sus ojos chicos, pero negros, brillaban como dos luceros; una ligera tinta rosa pintaba sus mejillas, y un marcado bozo dibujaba una

encantadora sombra sobre sus labios encarnados y frescos. No tenia el talle airoso de Elena, pues era mucho mas baja de cuerpo que ella; pero en cambio tenia unos brazos redondos y mórbidos, un pecho delicioso, y un cutis tan fino, tan delicado, que se trasparentaban sus venas azules, y materialmente se veia circular la sangre al traves de esa delicada tela, mas fina que la mas rica seda.

Alegres, espléndidas y esparciendo aromas, y deramando la dicha y el placer, aparecieron las dos muchachas en aquel templo, que así podia llamarse á la sala en donde Aurora aparecia como una diosa: se sentaron, ocupando un ancho espacio del sofá con el vuelo de sus trages: Arturo y Rugiero tomaron otras sillas, y la conversacion se volvió á entablar despues de un rato de silencio. Se comenzó á hablar de cosas muy comunes y generales: del tiempo, de las dahalias, de los geranios, de las capotas del cajon de Goupil, y de las barzorinas de Clement. Afortunadamente esta conversacion no duró mucho, porque nuevas visitas se presentaron: una de ellas era nada menos que Apolonia, acompañada de su tio. Arturo se sorprendió, pues no tenia noticia de que pudiese venir á México; pero ella, despues de saludar á todos, le dijo á Arturo al oido:

—He sorprendido á vd., no es verdad?

—No aguardaba yo á vd., Apolonia.

—Y mucho menos en compañía de tan hermosas muchachas. . . . Decia yo muy bien, cuando pensaba que en México pronto olvidaria vd. á las jalapeñas.

—No la he olvidado á vd., Apolonia.

Aurora miró con cólera á Arturo, y Elena y Margarita se dieron con el codo: Rugiero platicaba tranquilamente con la madre, sobre el modo de evitar que los gusanos verdes se comieran las hojillas de las dahalias.

—Se halla vd. muy contenta en México? dijo Aurora á Apolonia, con intencion visible de interrumpirla.

—Muy contenta, contestó Apolonia: Jalapa es un pobre pueblecillo, y esta es una gran ciudad.

—Ha ido vd. al teatro, Apolonia? le preguntó la madre de Aurora.

—Dos veces, señora.

—Al Nacional? interrogó Elena.

—Sí, señorita, y me ha parecido muy suntuoso.

Nuevas y repetidas visitas interrumpieron la conversacion, que no pudo establecerse de una manera interesante.

El piano se abrió, y Elena tocó bastante bien algunos vales de Marzan y de Wallace: despues de muchas instancias, Aurora se sentó al piano, y comenzó á cantar una aria de la Sonámbula, con alguna timidez; mas á poco sus facciones se animaron, y de su garganta salieron deliciosas melodías: Aurora tenia una voz hechicera.

Arturo con los ojos fijos, y como enagenado, se mordea los labios, y Rugiero, que lo miraba al soslayo, sonreía.

En un extremo de la sala se formó una mesa de tresillo, donde se agruparon varios viejos. Los moza-

tes, después que concluyó Aurora de cantar, promovieron que se bailaran unas cuadrillas: arrinconaron tanto como fué posible á los viejos del tresillo, despojaron la sala de las sillas, acercándolas á la pared, y las cuadrillas comenzaron.

Arturo no dirigió ni un cumplimiento á Aurora, y tomando de la mano á Apolonia, se puso en baile, para hablar en términos de moda.

—Pobre Celeste! dijo entre sí, al oprimir suavemente la mano delicada de Apolonia; quizá es mas desgraciada que criminal.

Aurora hablaba en secreto con su compañero de baile, que era nada menos que Gustavo, con quien todos decian que debía casarse pronto.

Las cuadrillas, que eran improvisadas, pues no era un baile, sino lo que puede llamarse una reunion familiar, las tocaba en el piano la interesante Elena.

Inútil seria fastidiar al lector con alargar mas la descripcion de la tertulia. Los viejos jugaron al tresillo; las muchachas procuraron hacer sus conquistas; los jóvenes bailaron, platicaron, murmuraron y tuvieron sus celos, sus inquietudes y tambien sus placeres. Una mano que se estrecha, una cintura delgada que se abraza, una mirada de amor que penetra hasta el corazon, como queriendo buscar los secretos de nuestra alma, ¿no son, por ventura, otros tantos placeres? Las madres y las tias que, sea dicho de paso, eran en corto número, fueron tristes espectadoras de la alegría, del entusiasmo de los jóvenes, y tal vez lanzaron un suspiro por la memoria de tiempos que pasaron y

que ya no volverán. La mayor educacion y finura reinó en la tertulia, lo cual es evidentemente característico y peculiar de la gente de buena educacion en México: se habló de la Cañete, de la Peluffo, de la virtud fria y sin ejemplo en los anales cómicos de una dama del Teatro Principal: mientras unos bailaban, otros se ocupaban en contar las crónicas amorosas de las niñas de los palcos del teatro, en avaluar la riqueza y talento de sus novios, y en pronosticarles un porvenir de ventura ó de desgracia. Margarita, con un talento claro y agradable, daba su opinion sobre las nuevas composiciones literarias, como por ejemplo, Nuestra Señora de Paris, y los dramas de Dumas; y solo una que otra vez la política ocupaba á las bellas muchachas, que se aventuraban á dar su opinion sobre el nuevo gabinete, y sobre el éxito de los pronunciados; porque es de notarse, que en este país todos los dias se muda gabinete, y todos los dias hay pronunciados; pero como no es costumbre que las muchachas de México hablen sobre política, pronto degeneraba la conversacion, y el amor volvía á ser objeto de ella.

Los personajes que tienen relacion mas directa con nuestra novela, estuvieron amables y discretos hasta por demas: Aurora, llena de alegría, tan pronto se sentaba junto á sus amigas, como se ponía al piano y cantaba: Arturo, con la perspicacia de un observador, notó que de vez en cuando Gustavo le decia á aquella algunas palabras en voz baja, y le hacia algunas señas expresivas con los ojos, á todo lo que ella cor-

1 Por fortuna no podemos ya decir esto en 1871.

respondía con una sonrisa, ó con algunas frases cuyo significado adivinaba Arturo. Apolonia, sencilla, inocente y linda, se grangeó las simpatías de toda la reunión, y todos no tenían boca sino para elogiar el carácter jovial é ingénuo de la jalapeña.

Gustavo era un Adónis en la extension de la palabra: sus manos eran pequeñas; sus piernas torneadas; su cútis, como el de una mujer; sus colores magníficos, y su pelo rizado y lleno de perfumes: un corsé sujetaba su cintura; sus espaldas las perfeccionaba el algodón del fraque; sus patillas las tenía en órden el cosmético, y sus atractivos los realizaba mas el *sachet de patchouli* que tenía en el bolsillo, y el agua de la colonia de que estaba empapado su pañuelo. Orgullosa, se paseaba de intento de un extremo á otro de la sala, sacando el pecho, moviendo las caderas, con los brazos hechos arco, y mirándose al soslayo en los espejos.

Todas las jóvenes, excepto Elena, Margarita y Apolonia, lo buscaban y lo llamaban; era el depositario de los abanicos y pañuelos; el que conducía de la mano al piano á las que cantaban; el que impedía que bebieran agua fria sudando; el que les componía los chalets y desarrugaba los vestidos; en fin, era el hombre amable é interesante por esencia. Arturo, sin saber por qué, no lo podía sufrir, y en toda la noche no le dirigió una sola vez la palabra; y cada vez que el Adónis y Aurora cambiaban una sonrisa, sentía aquel que la sangre le subía al rostro, y deseos le venían de ahogar á los dos novios, aunque fuese á costa de un es-

cándalo. Rugiero desempeñó el brillante papel de un hombre de mundo: se sentó á la mesa de tresillo, y en un momento dió cuatro codillos, tres puestas y una bola; se sacó dos platos, y con desenfado se levantó, echándose en la bolsa ocho onzas de ganancia, pues los ancianos jugaban fuerte; bailó unas cuadrillas muy bien; se sentó al piano y tocó unas melodías alemanas, jamas oidas, que sorprendieron y arrancaron lágrimas á mas de una de las señoritas; embromó á Aurora y á Elena, y las hizo ponerse coloradas, sin ofenderlas; se acercó á una casada, y le contó la historia de sus viajes, sus amores desgraciados y románticos con una romana; y la interesó tanto, que Florinda, que así se llamaba, lo adoptó por amigo, y lo invitó á comer en su casa para el domingo siguiente.

Antes de las doce, como la concurrencia iba disminuyendo visiblemente, Arturo y Rugiero se despidieron: Aurora, como si nada hubiera pasado, invitó á nuestro jóven con instancia, á que no dejara de honrar la casa con sus visitas; y Arturo prometió que no faltaria, pues la clase de sociedad que habia encontrado, le agradaba sobremanera. A la salida se reunió con nuestros personajes un elegante empleadillo de una oficina de rentas, y los tres entablaron la siguiente conversacion.

—Hermosa ha estado la *soirée*, amigos, dijo el empleadito.

—Muy hermosa, en efecto, contestó Arturo.

—Y muy *fashionable*, añadió el empleado.

—Sabe vd. inglés? preguntó Rugiero.

—*Yes; pero very little.*

—Y frances?

—*Ah! oui parfaitement bien.*

—Me alegro mucho de tener la compañía de un jóven tan ilustrado.

—*Thousand thanks*, caballero, respondió el empleado con la mayor fatuidad, estropeando la construcción inglesa.

—Nos divertiremos un poco con este charlatan: pregúntele vd. si conoce á todas las personas que concurrieron á la tertulia.

—Diga vd., amigo, ¿vd. conoce á todas las señoritas y caballeros con quienes hemos concurrido esta noche?

—Oh! ¡oh! *parfaitement.* ¡Ah! perdone vd. la maldita costumbre de hablar frances. ¿Que si las conozco? vaya, si todas son mis íntimas amigas; y acaso mas... pero no quiero ser hablador.

—Bien, dijo Arturo; ahora sí podremos entendernos.

—Daré á vd. cuantos informes quiera.

—Qué clase de sugeto es ese D. Gustavo?

—Don Gustavo, guapo *garzon*: tiene mucho dinero y es muy buen mozo, y muy amable, y se va á casar con Aurora. Yo al principio tuve mis amoríos con esta; pero, ¿qué quiere vd? «¡el matrimonio es tan clásico!» y estas niñas al momento quieren que uno se case; y... no, no... en cuanto á eso, poco y bueno.

Arturo, enfadado iba á dar vuelta por una esquina, dejando á su interlocutor con la palabra en la boca; pero Rugiero lo contuvo, diciéndole:

—Tonto! ¿en qué nos hemos de divertir, mientras llegamos al hotel? porque vuestra casa estará cerrada á estas horas. Es menester mundo, Arturo.

El jóven, convencido por este razonamiento, preguntó al empleado:

—Y dígame vd., caballero, ¿qué opinion forma vd. de Elena y de Margarita?

—*Je vous dirai.* ¡Ah! perdone vd.: este maldito frances se me viene á la boca sin querer; pero vamos al caso; voy á decir á vd. lo que sé.

—Margarita es una buena casadita, que vive muy feliz con su marido, porque este la deja hacer cuanto quiere: ambos son ricos, y gastan un lujo que asombra; pero parece que se quieren demasiado. Elena no se ha querido casar: dicen que tiene un novio oculto, á quien le corresponde; pero esas son patrañas: lo que yo puedo asegurar á vd. es, que si yo quisiera... porque ella me ve... ¿no la observó vd?

—Nada observé, contestó Arturo con sequedad.

Rugiero dió con el codo á Arturo, y le dijo al oido:

—Pregúntele vd. por Florinda.

El jóven, disimulando su incomodidad, volvió á dirigirse al empleado.

—Conoce vd. á Florinda?

—Como á mis manos: es una mujer pervertida absolutamente, que ha hecho desgraciado á su marido, á quien le ha gastado, y aun le gasta, mucho dinero, y que cada semana muda amantes. Yo no sé, en verdad, cómo la madre de Apolonia consiente en que su hija tenga amistad con esa señora.

—Y vd. la habrá enamorado, caballero? dijo Rugiero.

—Sí, sí.... pero la he despreciado, porque me choca, me *hace asco*. ¿No observó vd. como en toda la noche no le dirigí la palabra? ¡*Diable!* Yo tengo mucho mundo, para no conocer que á las mujeres es necesario tratarlas así, á poco mas ó menos.

—Muchas felicidades, caballero, le dijo Rugiero dándole la mano, pues habian llegado en esto al hotel del teatro de Vergara.

—Buenas noches: servidooooo vuestro.

El empleado alargó tanto la vocal, porque Rugiero le estrechó la mano tan fuertemente, que el pobre hombre no tuvo ni alientos de despedirse de Arturo; y contentándose con hacer una rendida cortesía, se abotonó su frac, y echó á andar precipitadamente. Arturo y Rugiero entraron al hotel, se instalaron en un cuarto, y pidieron una buena dosis de ponche.

—Con verdad, no tengo sueño, dijo Arturo, y preferiria pasar parte de la noche charlando.

—Como igual cosa me sucede á mí, he mandado preparar este refresco.

Los dos amigos se quitaron las casacas y los chalecos, que botaron sobre una silla, y poniendo un rollo de habanos en la mesa, se sentaron uno en frente de otro, y comenzaron á soborear el ponche, que arrojaba unas llamas azuladas y fantásticas.

—Buenas ganas he tenido de coger por el cuello á ese charlatan, y botarlo en un caño.

—Pues yo, al contrario; me he divertido, observando que no ha dicho una sola palabra de verdad.

Así lo he creído yo, contestó Arturo.

—Pero hablando de la tertulia, ¿qué os pareció Arturo?

—En verdad, Rugiero, encuentro siempre detrás de ese lujo, algo tan triste, tan amargo, que no sé..... Yo no puedo explicar por qué causa....

—Es porque, interrumpió Rugiero, debajo de los trages de seda suelen latir corazones muy infelices: la miseria y el sufrimiento no se hallan solo en las cárceles, en los hospitales y en las pocilgas de los infelices, sino tambien en los palacios y en las casas opulentas, como la de Aurora. Si quereis, Arturo, os contaré la verdadera historia de las personas que ha nombrado el escribiente charlatan.

—Con mucho gusto, Rugiero; eso me haria pasar la noche enteramente divertido.

—Bien; pues lo quereis, oid.

XXIII

Florinda.

Las historias que voy á contaros, mi querido Arturo, dijo Rugiero, no son comunes; y os aseguro que el diablo se ha pelado las barbas mas de una vez, al pensar que sus trabajos han sido hasta ahora inútiles. No obstante, como yo, ó quiero decir el diablo, es activo, circunstancia que falta absolutamente á vuestros paisanos, espera todavía conseguir una completa victoria. Comencemos por la historia de Florinda, que os hará conocer cuán errados é injustos son las mas veces los juicios de la sociedad; y digo esto, porque el empleadillo charlatan, no ha hecho mas que repetir lo que pasa como muy cierto en la sociedad.

La madre de Florinda era una santa señora, tan devota como ambiciosa, que se levantaba diariamente al amanecer; se iba á la iglesia, y permanecía en ella muchas horas, oyendo misas y rezando á todos los san-

tos de la corte del cielo, á quienes les pedia infinidad de cosas imprudentes, que por supuesto ellos no le concedían: una de tantas cosas que ella pedia, era que diesen á su hija un novio rico.

Florinda rayaba en esta época en los diez y ocho años; sus pasiones, así como su físico, se habian desarrollado completamente; pero la muchacha se habia inclinado al sentimentalismo, á la contemplacion de lo ideal: así es que, su genio, que era alegre y agradable hasta el extremo, tenia sin embargo cierto tinte de melancolía, que algunos hombres creian encantador. No era un prodigio de belleza; pero tenia unos diez y ocho años floridos, algun talento, y cosa de cincuenta mil pesos de capital; circunstancias mas que suficientes para proporcionarle muchos novios. Tenia, en efecto, una media docena de jovencitos que la seguian á la misa, á la Alameda, á las visitas y al paseo; pero la madre, en el momento que observaba estas atenciones, indagaba la posicion de los novios, les formaba un maravilloso inventario de su crédito activo y pasivo; y como resultaba que eran, ó dependientes de tiendas al menudeo, ó empleados, ó militares, que no contaban mas que con un escaso sueldo, procuraba evitar las ocasiones de un encuentro; les prohibia la entrada en su casa, si por casualidad la habian visitado alguna vez, y tenia prohibido severamente á los criados, bajo la pena de pérdida del empleo, el que fuesen portadores de recados, ó billetes amorosos. Por las noches platicaba largamente con Florinda, y le inculcaba las ideas mas exageradas contra los hombres, llamándolos

los venales, falsos, engañadores, perversos, pobres, en fin, que era para la buena señora el mayor y mas grave delito. Florinda oia esto con atencion: se grababan profundamente en su alma algunas palabras de la madre, y poco á poco la desconfianza y la incredulidad se iban introduciendo en su corazon, vírgen y blando como la cera.

Entre los perseguidores mas constantes de Florinda, se contaba un jóven llamado Luis Cayetano, que no cumplia aún veinte años: era pálido, de triste é interesante fisonomía, de una sensibilidad exquisita, de una exaltacion poco comun en materias de amor. Luis Cayetano vió una ocasion en la iglesia á Florinda, como Romeo á Julieta; era dia de una de esas funciones religiosas que vdes. tienen frecuentemente: la iglesia estaba llena de candiles y de blandones de plata, toda revestida de terciopelo y de oro, adornada de banderolas y vistosos gallardetes; una nube de incienso subia del altar; y las melodías de una grande orquesta vibraban de una manera santa y misteriosa. Florinda, con su trage de terciopelo negro, y su mantilla de un punto blanco, estaba arrodillada ante el altar; y poseida de uno de esos raptos de melancolía, que frecuentemente tienen las jóvenes, cuando su corazon no tiene objeto que lo llene, alzaba sus grandes ojos azules al altar, y los bajaba al suelo húmedos de lágrimas. Luis Cayetano se quedó pasmado, mudo, absorto, contemplando aquella mujer, que le pareció un ángel: fuése á su casa pensativo, y en sus horas de soledad la divinizó, la rodeó de tanta poesía y de tanta magia,

que ya los mismos ángeles le parecieron toscos y groseros, comparados con la beldad que habia cautivado para siempre su corazon. Florinda, por su parte, no sintió la misma impresion que Julieta al ver á Romeo, pues apenas fijó la vista en Luis Cayetano; pero la vanidad y la compasion, que pierden las mas veces á las mujeres, obró algo en favor del jóven; y tanto pasó este por la calle, tanto siguió á Florinda á todas partes, que logró interesarle algo; pero por una fatalidad para Luis, se presentó en esos dias un novio que agradó sobremanera á la madre y á la hija. Era, no un jóven, sino un hombre; pero un hombre hermoso, desarrollado, y que tenia esas formas magníficas que tanto agradan á las mujeres. El novio, que se llamaba D. Pablo, gastaba un lujo soberbio, y pasaba por un hombre rico: la madre creyó que Dios y los santos le habian concedido al fin lo que con tanto fervor les habia pedido; y arraigada en su cabeza esta idea religiosa, resolvió casar á su hija. En cuanto á Florinda, olvidó completamente, y con una asombrosa facilidad, á Luis Cayetano, y se apasionó perdidamente de Pablo: las dos tenian razon, pues Pablo fué presentado en la casa por una tia, amiga de la madre de Florinda, con una muy buena recomendacion que no desmintió en año y medio: condescendia con cuantos caprichos tenia la madre, y platicaba con ella de religion, de santidad y de las buenas costumbres; le arrimaba la escupidera, y cometia las bajezas y humillaciones mas grandes. Con Florinda era en extremo amoroso; la llamaba su paloma, su ídolo, su único y solo amor; y cuando lo

graba estar á solas un momento con ella, le tomaba la mano, se la estrechaba contra su corazón, y la miraba con sus ojos casi húmedos de lágrimas. En año y medio de este trato constante, ganó enteramente el amor de la muchacha, logrando que en su corazón virgen se grabara profundamente esta primera impresión.

Luis Cayetano, durante este tiempo, padecía los más crueles tormentos y los más inauditos dolores morales; perdió el apetito y la alegría, y en las noches se revolvía en su lecho, en una dolorosa vigilia: la idea de Florinda estaba ardiente, fija, indestructible en su cerebro; y como la esperanza solo vuela con el último aliento del hombre, ella lo animaba, y nunca dejaba de aprovechar las ocasiones para seguirla á todas partes, procurando, aunque inútilmente, que llegaran á sus manos cartas llenas de amor y de humildad: Luis, en efecto, se hubiera arrodillado ante Florinda, como ante una virgen bajada del cielo. Este amor, que se revelaba en las miradas, en la palidez y en la frente triste del desgraciado amante, solía pagarlo Florinda de vez en cuando con una sonrisa, ó con una mirada que volvía loco á Luis, y que reanimaba su esperanza moribunda, su naturaleza cansada, su moral enfermiza; y esto lo hacía Florinda, como lo hacen la mayor parte de las mujeres, sin calcular que era un crimen, pues si la pasión de Pablo aumentaba día por día, la de Florinda, como sucede siempre, iba á menos. Algunas circunstancias concurrían á no desatar estos lazos: una era, la de que Pablo no era celoso, y las mujeres, por lo común, están muy complacidas

cuando se les deja que hagan su voluntad; y la otra, que la madre apoyaba los amores, y multitud de personas aconsejaban á Florinda que no perdiera la ocasión de colocarse: un secreto instinto decía á la muchacha que debía de ser más feliz con Luis; pero una voluntad irresistible la arrastraba hácia Pablo. En cuanto á este, observó una conducta uniforme; siempre amable, siempre atento: las cosas se adelantaron mucho; el día del casamiento se señaló, y Florinda, con una confianza de niña, se arrojó en ese nuevo estado de vida, que para pocos es un Paraíso, y para muchos un infierno.

La madre tomó nuevos informes, y cerciorada de que Pablo era capitalista, aceptó el enlace con todo su corazón: las donas fueron magníficas, pues consistieron en ricos trajes de seda y terciopelo, camisas de batista, joyas, flores, primorosos delantales, y cuanto puede idearse de más á propósito para fascinar á una muchacha: Pablo, además, puso una magnífica casa, adornada de cuanto es necesario para la vida y para los placeres. Todo dispuesto así, y hechas las diligencias respectivas, el casamiento se verificó en una hermosa mañana de primavera: hubo banquete, al que asistieron los parientes cercanos de Florinda y los amigos íntimos de Pablo, y por la noche los dos novios, felices y envidiados de todo el mundo, se retiraron á su casa.

—Y Luis Cayetano? preguntó Arturo.

—El pobre diablo supo la víspera el casamiento de su ángel idolatrado; pero era un hombre como la na-

turalaleza cria á muchos: entregado con vicio al estudio de la poesía, de la literatura, de la música y de la pintura, era, en una palabra, un artista en lo interior de su alma; pero como era huérfano, y el sueldo que ganaba en un escritorio era escaso, no habia tenido los elementos necesarios para que se desarrollaran los delicados instintos que tenia para las bellas artes. Esta causa hizo que su vida fuese un continuo tormento, hasta que vió á Florinda; y ya entonces el amor ocupó el vacío infinito de su corazón; pero á poco tiempo los martirios y sufrimientos comenzaron en su espíritu, atroces é intensos como nunca. Era un espectáculo ridículo para unos, pero lastimero para otros, el ver al amante en las noches oscuras y lluviosas, paseando por la calle donde vivia Florinda, y dándose por muy dichoso, si una sola vez veia dibujarse detrás de las vidrieras iluminadas y de los rojos cortinajes, la sombra adorada de Florinda. Como he dicho, la víspera llegó á noticia de Luis Cayetano, que Florinda se casaba; y como debeis suponeros, mi querido Arturo, la noche fué muy cruel para el amante desgraciado. La primera idea que le vino á la cabeza, fué la de suicidarse: puso en orden sus papeles, y con el poco dinero que tenia, fué á pedir á un boticario amigo suyo, una dosis de arsénico, que le fué dada. La idea del suicidio le pareció inútil y ridícula; y entonces se acostó, resuelto á atravesar con un puñal á su rival y á su ingrata querida; pero no le duró mucho esta idea, porque el espectáculo de la sangre le horrorizaba; y luego matar á su adorada, á aquella mis-

ma deidad que habia visto tan pura y tan hermosa en las gradas del templo, era una cosa demasiado cruel. Así, en medio de su agonía, clamó á Dios; y como Dios fortalece á las almas contra los ataques de Satanás, que hace cuanta diligencia puede por ingerirse en todos estos pequeños negocios de amor, Luis Cayetano encontró refugio en la resignacion, cosa estremadamente inútil en estos casos, porque la resignacion es una imbecilidad. Cuando este partido se adopta, todos los asuntos del mundo, por mas árduos que sean, deben forzosamente tener un buen resultado: resignaos á que un ladron os robe vuestro bolsillo, y vereis qué satisfecho queda: resignaos á que un malvado os robe la mujer que amais, y vereis como mientras él rie, vos llorais. . . . Pero me aparto de la historia. El pobre diablo del amante lloró como un niño en la soledad de su cuarto; por supuesto que fueron lágrimas estériles, porque nadie podia, ni debia compadecerse de un dolor ignorado: esto tocaba solo á Florinda; pero las mujeres están organizadas de una manera rarísima, y cuando se trata de que satisfagan un capricho ó un deseo repentino, así podia caerse el mundo, que no lo harian. Luis Cayetano tomó la pluma, y escribió á Florinda una carta ardiente, apasionada, pero llena de sumision y de delicadeza, en que la hacia responsable de la felicidad de toda su vida, y la conjuraba á que no se casase. Luego que concluyó, salió de su casa pálido, con la mirada extraviada y paso vacilante, y buscó á una costurera de toda su confianza, á la cual rogó mucho que pusiera la carta en parte don-

de pudiera tomarla Florinda y leerla. Como Luis gratificó abundantemente á la costurera, esta cumplió su mision, poniendo la carta en el redículo de su señora; pero como esto sucedió la noche misma en que se casó Florinda, este recurso nada valió al infeliz de Luis Cayetano: pero mas adelante sabreis como esto fué un castigo para Florinda. El marido de esta redobló sus atenciones para con la madre, y su amor hácia Florinda, muy pocos dias antes de casarse; fingió de tal suerte cuantas virtudes no tenia, que la madre le dió un poder jurídico general y bastante para el manejo de sus bienes, y esto lo hizo con tanto mas agrado, cuanto que tuvo que rogarle muchísimo, que interviniera en estos negocios, y tomara á su cargo los intereses. Florinda, por su parte, estaba loca: sentia naturalmente los ligeros temores que siempre asaltan á las jóvenes cuando van á mudar de estado y á entrar en otro género de vida; pero las ilusiones eran superiores, y allá en su imaginacion viva y juvenil se figuraba inmensos y perpetuos goces: Luis Cayetano lloraba, mientras Florinda ni un solo pensamiento le consagraba en esos momentos.

A la noche, como era de esperarse, los novios se retiraron á su alcoba, que era magnífica: una hermosa cama dorada con almohadones de seda y sobrecama de vistoso damasco, espejos grandísimos, floreros con exquisitas aves disecadas, un tocador lleno de los mas curiosos frasquitos y chucherías de porcelana y de cristal, una mullida alfombra, una voluptuosa lámpara de alabastro; tales eran los muebles que llenaban

la alcoba, y todo esto era de un gusto exquisito, y de un lujo verdaderamente oriental. Florinda, jóven, crédula, llena de ilusiones, confiada en el amor de su marido, entró en la alcoba con el corazon palpitándole, un poco pálida y con las miradas llenas de brillo y de esperanza: el marido entró á poco, con una ligera sonrisa en los labios, en que se podia, con una poca de atencion, reconocer el sarcasmo y el placer inefable que tiene el hipócrita cuando ha conseguido su triunfo. Por lo demas, en su rostro se podia notar mas bien frialdad é indiferencia, que entusiasmo. Florinda le tendió los brazos; el marido con indiferencia pasó el suyo por la delgada cintura de la muchacha, y le dió en la frente un beso frio, como si se tratara de una fórmula de cumplimiento: Florinda retrocedió espantada; miró al marido, y con el instinto que da la desgracia, leyó su porvenir en el rostro de su marido.

—Oh! tú no me amas, no me amas! dijo envolviendo su rostro en una de las cortinas de la trasparente muselina de su lecho.

—Esas son necedades, Florinda; y si desde el primer dia de casados comenzamos con estas historias, ¿qué será despues? dijo el marido con algun mal humor, y levantándose de un sillón de caoba forrado de seda, en que se habia sentado.

—No me amas! no me amas! murmuró Florinda; y sintiendo que las lágrimas venian á sus ojos, tomó su redículo para sacar su pañuelo; al sacarlo cayó al suelo la carta de Luis Cayetano, que habia puesto en él la costurera.

—Maldita casualidad! exclamó Arturo.

—En efecto, dijo Rugiero; fué una funesta casualidad. ¿Y qué, no creéis, Arturo, que esas casualidades están ordenadas por un poder invisible que unos llaman Providencia, otros fatalidad y otros acaso?

—Oh! sí lo creo, lo creo, murmuró Arturo; pero proseguí la historia.

—La historia es muy sencilla, continuó Rugiero. Ese templo magnífico del amor; esa alcoba perfumada y llena de encantos, destinada para goces puros y sublimes; esa alcoba en cuyo recinto no debieron resonar mas que palabras llenas de ternura y besos ardientes de dos esposos que se unían para atravesar el mundo, para mitigar sus penas mutuamente, para repetirse que se adoraban, para jurarse que sus pesares y sus alegrías en el resto de la vida, serían mutuas; que sus dos almas, bendecidas por la iglesia, formarían una sola existencia; en fin, este aposento, donde no debían haber pasado mas que misterios que el pudor cubriese con su velo, fué testigo de una de las escenas mas crueles que pueden acontecer en la vida de una mujer. El marido tomó la carta, y sin inmutarse, se acercó á una bujía de esperma que ardía en un rincón, en un candelabro de plata, y se puso á leerla, mirando por intervalos á su mujer: concluida la lectura, la arrojó en el regazo de Florinda; encendió un cigarro, y se sentó tranquilamente en el sillón de caoba. Ahora, como concibo que teneis curiosidad de saber lo que decía la carta de Luis Cayetano, os la relataré, poco mas ó menos.

«Ángel mio, decía: en el momento en que te vas á casar, y cuando has olvidado completamente mi amor y mi ternura, no puedo resolverme á odiarte. Después de luchar con mil siniestros proyectos de venganza, de muerte y de sangre, he derramado un torrente de lágrimas, he registrado mi corazón, y solo tengo para tí amor, y nada mas que amor.

«¿Si vieras Florinda, cuántas dulces ilusiones había concebido con tu cariño! Me figuraba una vida de delicias, y anhelaba una existencia larga para adorar-te solamente. El día que tú, amada Florinda, buena y piadosa, me hubieras entregado tu corazón, ese día me hubiera postrado de rodillas para adorarte como una virgen, para bendecirte como á mi ángel salvador. ¿Sabes, Florinda, lo que haré hoy?... ni yo lo sé; pero el fastidio y la tristeza me van á quitar lentamente la vida. Si aun puedes evitarme los martirios de una muerte lenta y terrible....» Seguían después otras ternezas, que no refiero, porque sería cosa larga, y porque interrumpirían el hilo de mi narración.

—Conque había otro amor en campaña, esposa mía? dijo el marido sonriendo irónicamente; ¿conque había otro que competía conmigo en terneza y en romanticismo?

Florinda, que como os he dicho, ningún antecedente tenía de la carta, corrió vivamente del lugar donde estaba, y se arrojó á los pies de su marido, á quien con la mayor ingenuidad le dijo:

—Oh! te juro que nada sé de este papel: no sé quién lo ha escrito, ni cómo estaba entre mi pañuelo.

—Conoces esta letra? le dijo el marido presentándole la carta.

Florinda pasó los ojos por los renglones, y reconoció la escritura de Luis Cayetano, que la había obsequiado algunas ocasiones con la copia de varias poesías.

—Reconoces la letra? volvió á preguntar el esposo.

Florinda murmuró algunas palabras sin enlace ni sentido.

—Perfectamente, querida mia! dijo el marido: parece que ya no dudas de dónde viene esta carta? Ahora, escúchame.

Florinda iba á hablar; pero su esposo, poniéndose un dedo en la boca, le impuso silencio.

—Escucháme, repitió: yo tenia una querida, linda, cándida, pura, llena de virtudes, pero que adolecia de un grave defecto, y era el de ser pobre, muy pobre. Yo, sin embargo, me hubiera casado con ella, mil veces mejor que contigo; pero como debes de saber que soy hombre de esos que llaman de mundo, es decir, de los que han sufrido muchos ultrajes de los ricos, muchas ingratitudes de los amigos, muchas traiciones de las mujeres, consideré que era necesario, andando el tiempo, ser rico, ser falso, ser traidor. Repito que conocia bien el mundo, para creer en el amor de Cecilia, que así se llamaba mi querida; y me figuré que como con el tiempo se destruyen las ilusiones, se gasta el amor y se acaba la virtud, yo al fin me quedaria pobre, despreciado y engañado por mi propia mujer. Así es que, convencido por estas razones, vencí mi pasión; no volví mas á ver á Cecilia; me enamoré de tí,

y me casé. Pero me casé odiando á las mujeres, y conociendo que no merecen mas que el desprecio; me casé con la repugnancia que es natural, cuando no se satisface siquiera ese capricho vano que se llama pasión, y que no existe mas que de una manera superficial en el corazon.

Florinda, con el rostro inmutado, con los ojos ardientes y llenos de lágrimas, en los que tan pronto brillaba la cólera como el despecho y el sufrimiento, queria hablar; pero Pablo volvió á ponerse el dedo en la boca y le impuso de nuevo silencio:

—Es menester que me acabes de oír, mujer, continuó Pablo. A pesar de cuanto te he dicho, me proponia guardarte todas las consideraciones que fuera dables; y puesto que tú me dabas riqueza, yo debia compensártela siquiera con un amor fingido; pero ahora las circunstancias han variado, cuando la noche misma en que te casas, te encuentro una carta amorosa. Si yo me hubiera casado con entusiasmo y con amor, te habria matado esta misma noche; pero como ya sabes mis ideas, te perdono la vida, y solo me separo de tí en este instante. Esta alcoba será la tuya; yo dormiré en mi gabinete, y todo concluirá de una manera mas cómoda y mas ventajosa para los dos: repito que sin esta carta te habria podido amar; pero ahora no solo te aborrezco, sino que te desprecio.

—Oh! oh! esto es demasiado, exclamó Florinda cubriéndose el rostro con las manos.

—Demasiado! ¿No sabes el castigo que tiene la mujer falsa, la mujer perjura, la mujer infcua, que la no-

che misma que se casa recibe cartas de su amante? Pues su castigo es la muerte.... Debes agradecerme que, cuando mereces la muerte, te perdono la vida.

Florinda estaba poseida como de un vértigo; las palabras que salían de la boca de Pablo herían su corazón, como si fueran agudos puñales; y la muerte y los martirios físicos mas terribles hubieran sido preferibles á este tormento, que rompía las fibras delicadas de su corazón, que iba arrancando pausada y lentamente las ilusiones de su alma, y que aniquilaba para de una vez toda esperanza de felicidad. Arrojó al suelo un pañuelon de lana con que se habia abrigado; buscó con ansia la carta, que estaba tirada en los tapetes, la abrió, y corrió á leerla á la misma bujía de esperma. La resignacion, el amor, la ternura que respiraba la carta de Luis Cayetano, formaban un marcado contraste con las palabras egoistas y duras del marido: Florinda la leyó una, dos y tres veces, y luego, furiosa como una leona, se fué adonde estaba Pablo, y poniéndosele delante:

—Oh! sí, sí, tiene razon, le dijo: me llama su ángel, su tesoro, su vírgen; es un caballero, un amante digno de que se dé la vida por él: no habia leído ni sabia de tal carta; pero ahora lo amo, lo adoro, y te aborrezco á tí, como se aborrece al verdugo: ahora te pagaré odio con odio, maldad con maldad; y si tú me has perdido, en el momento en que yo te iba á consagrar todo mi amor, toda mi vida, toda mi ternura, yo á mi vez te perderé á tí: las mujeres somos terribles en la cólera, y cuando se nos trata así.

—Y los hombres somos unos leones, querida mia, repuso Pablo.... En cuanto á las locuras que tú pretendes hacer.... ya tomaremos providencias; ¿Crees que yo he de ser de esos maridos imbéciles, que sufren la burla y el ridículo del público: que son íntimos amigos de los amantes de la mujer, y de quienes todo el mundo dice que son unos buenos hombres? ¡No! ¡por vida de Satanás! eso no sucederá, Florinda, porque hay excelentes pistolas de dos tiros....

—Bien, bien! dijo Florinda; quiero probarlo, quiero que seas mi asesino. ¿Y no es eso perderte? ¿De qué te servirán entonces esos dos años de maldad y de hipocresía? ¿De qué el dinero que has robado á mi madre?

Pablo se puso pálido, y se mordió los labios hasta que la sangre le brotó.

—Sí, robado, repitió Florinda: porque todos nuestros bienes se han puesto en manos de un infame, de un hombre que no es caballero.

—Florinda, dijo Pablo afectando moderacion; la cólera te hace decir palabras que merecian que te cerrara la boca con un revés; pero no soy hasta ese punto vil; mas....

—Oh, Dios mio! exclamó Florinda corriendo de uno á otro extremo del cuarto. ¡Y pensar que esto será para siempre, para siempre!

—En tu mano está ser menos desgraciada, Florinda, le interrumpió Pablo, tomándola del brazo, y sentándola en un sillón.

—Menos desgraciada, dices, Pablo? preguntó Florinda un tanto calmada.

—Sí, Florinda.

La jóven inclinó la cabeza sobre su seno, y comenzó á llorar. Despues, movida por uno de esos raptos en que tan fácilmente se pasa de la cólera á la ternura, se levantó, y sollozando se arrojó á los piés del marido.

—Ah Pablo, Pablo! dime que todo lo que me has dicho, es mentira; dime que es un sueño lo que por mí pasa, y todo lo olvidaré.

—Silencio, silencio, Florinda; esos sollozos y esos gritos van á despertar á los criados, y mañana se sabrá el escándalo, y ya te he dicho que no quiero ser la fábula del público.

Florinda se calló, y el marido entónces tomó una vela y se retiró á su gabinete.

La aurora vino á encontrar á Florinda en le posición en que la habia dejado Pablo. Luego que este se levantó, se lavó, se vistió, y hecho un Adónis entró á la alcoba de su mujer, y con un aire tranquilo, la dijo:

—Es menester que te vistas, y te pongas hermosa, pues ni tu madre ni la sociedad deben saber lo que ha pasado entre nosotros: debemos aparecer á los ojos del mundo como un matrimonio muy feliz, y este será el modo de que vivamos tranquilos. Tú eres dueña de amar á quien te acomode, en lo interior de tu alma; lo único que exijo es el respeto social y el decoro; por lo demas, tú en tus piezas y yo en las mias, no nos molestaremos en lo mas leve.

Florinda no pudo materialmente resistir este combate, y tuvo que meterse en la cama, pretextando un

resfriado. La madre fué á visitarla, y Florinda le aseguró que era muy feliz.

Desde el momento en que pasó la escena que acabo de referiros, los dos esposos se odiaron verdaderamente, y muy raras ocasiones se hablaban. Pablo compró una carretela y un par de frisiones; pagó sus deudas; traspasó un palco en el teatro; se volvió, en una palabra, un verdadero *lion*; y como el dinero todo lo facilita, comenzó á poner en planta sus proyectos para divertirse; es decir, á seducir infelices costureras y niñas crédulas de mísera fortuna, sin que con todo esto pudiese olvidar nunca á su Cecilia, que era acaso la única mujer que habia amado su corazon. En cuanto á Florinda, se resignó á ser una santa; é imitando el ejemplo de su pobre amante Luis Cayetano, se propuso vivir infeliz, pero virtuosa y resignada: este es un hecho, que me tiene asombrado. Si viérais, mi querido Arturo, cuántas han sido las seducciones de Satanás, cuántas los halagos de que se ha valido para perderla, os quedaríais asombrado: esta mujer, pues, á quien calumnia la sociedad, y cuya reputacion hiere un despreciable muchacho, es una mártir, una santa..... Satanás trabaja siempre..... y ya veremos..... Mas dejo en este punto esta historia, y pasemos á otra.

Los dos amigos bebieron buenos sorbos de ponche; encendieron de nuevo sus puros, y Rugiero prosiguió.